

Capítulo 136 - La nobleza demoníaca

El aire en la sala de reuniones de la alta nobleza demoníaca estaba cargado de magia y tensión.

Las paredes de obsidiana, incrustadas con runas doradas y rubíes brillantes, reflejaban la tenue luz de los candelabros flotantes, creando una atmósfera opresiva e hipnotizante.

Una larga alfombra roja, adornada con bordados dorados, se extendía por el pasillo, guiando a los invitados hacia un trono vacío en el centro de la habitación.

Este trono, tallado en cristal negro, emanaba un aura de autoridad casi abrumadora, reservada para el Arconte Amon.

En ese momento, Cabernet Gremory se encontró en lo alto de una plataforma elevada, observando la sala con mirada crítica. Llevaba un vestido morado oscuro que se ajustaba a su esbelta figura, mientras que su cabello carmesí brillaba como llamas vivas bajo la iluminación mágica. Una rosa negra adornaba su cabeza, completando su imponente presencia.

A su lado, su fiel doncella, Grayfia, ajustaba los últimos detalles de los arreglos florales hechos con lirios plateados y rosas negras, que emitían un tenue brillo espectral.

—Grayfia, ¿te has asegurado de que los sellos funcionen correctamente? —preguntó Cabernet con voz firme y autoritaria.





"Sí, mi señora", respondió Grayfia, haciendo una reverencia respetuosa. "Cada portal está vigilado y cada invitado verificado. Ningún intruso entrará sin nuestro conocimiento".

"Excelente." Cabernet esbozó una leve sonrisa, pero sus ojos revelaban preocupación. "Esta reunión debe transcurrir sin problemas. No podemos permitir que nuestras disputas internas empañen el orden que el Arconte espera de nosotros."

Grayfia permaneció en silencio, pero la ligera tensión en sus hombros reveló que compartía la preocupación de su ama.

De repente, unos pasos suaves pero decididos resonaron en el pasillo vacío.

Runeas Gremory, la hija de Cabernet, apareció desde el pasillo lateral.

Llevaba un vestido negro con detalles rojos, y su cabello ardiente le caía en cascada por la espalda en ondas salvajes. Sus ojos reflejaban una mezcla de aburrimiento e irritación, rasgos que parecían acompañarla siempre.

"Bueno, ya deben estar llegando todos", anunció Runeas con naturalidad, agitando un abanico de plumas negras. "Parece que nadie quería arriesgarse a quedarse fuera de un evento tan... importante".

Cabernet se volvió hacia su hija, cruzándose de brazos. «Como debe ser. El Arconte no suele convocar reuniones. Todos saben que ignorarlo sería un insulto imperdonable».

Runeas puso los ojos en blanco. "Sí, sí, lo entiendo. Pero, sinceramente, no entiendo por qué estás tan ansiosa por esto. Al final, solo será una demostración de poder, como siempre. Lucharán por estatus, medirán fuerzas





y, por supuesto, se volverán locos por el nuevo Demonio", dijo con un ligero tono de burla, enfatizando la última parte.

Cabernet frunció el ceño. "No es un demonio cualquiera, Runeas. Se casó con tres herederos de poderosos linajes demoníacos y se alió con las Reinas. Es una anomalía... y también un objetivo. Debemos observar cómo se comporta", dijo Cabernet, mirando alrededor del salón... "Además... según algunos informantes... parece que Raphaeline dijo que era su esposo". Murmuró; era tan absurdo que ni siquiera podía considerarlo válido.

Runeas suspiró, cerrando dramáticamente su abanico. "Apuesto a que no es nada especial. Apuesto a que está completamente perdido en todo esto. Los demonios recién nacidos son tan... predecibles".

Antes de que Cabernet pudiera responder, un chasquido mágico resonó por el salón. Un portal brillante se abrió en la entrada principal, y de él emergieron las figuras de Sapphire Agares y Stella Sitri, acompañadas de sus respectivas doncellas.



Zafiro tenía su habitual presencia altanera, sus ojos esmeralda evaluaban el entorno con desconfianza, mientras Stella mantenía una expresión indiferente, aunque había algo inquietante en la forma en que observaba todo.

"Zafiro", saludó Cabernet, bajando los escalones de la plataforma con una sonrisa contenida. "Qué placer verde".

Zafiro se acercó con frialdad. "Cabernet. Espero que el ambiente esté a la altura de las expectativas. Hacía tiempo que no jugaba con los demonios menores".

"Está todo bajo control", aseguró Cabernet. "Y estoy seguro de que la reunión será... inolvidable".



Runeas observaba desde lejos, apoyada en una de las columnas. «Inolvidable», repitió en voz baja, con una sonrisa irónica en los labios. «Estoy segura de que lo será».

Mientras tanto, en otra parte del mundo demoníaco, Vergil se ajustaba el cuello de la camisa frente a un espejo. Katharina, Ada y Roxanne estaban reunidas a su alrededor, cada una opinando sobre su apariencia.

El traje formal que llevaba era una creación especial, confeccionado específicamente para él por Lucy Fortune, la estilista recomendada por Raphaeline.

El conjunto negro y azul resaltaba su imponente presencia, mientras que el corte preciso de la tela transmitía elegancia y fuerza.

"Es perfecto", declaró Katharina, cruzándose de brazos con una sonrisa de satisfacción. "Ahora pareces alguien digno de estar a nuestro lado".



"Diría que es casi perfecto", bromeó Roxanne, mientras le acomodaba un mechón de pelo a Vergil. "Pero aún falta algo. ¿Quizás... una espada?"

Virgilio sospechó. "No voy a la batalla, Roxanne".

"Eso es lo que cree", comentó Ada, revisando de nuevo los detalles de su atuendo. "No subestimes a los demonios presentes. Un pequeño error podría convertirse en un gran problema".

"Lo sé", respondió Vergil, mirándose al espejo. "Y prometo que haré todo lo posible por evitar problemas... al menos hasta que alguien me provoque".



—Ah, genial —dijo Katharina con un suspiro—. Justo lo que quería oír. Bueno, en fin, ya estamos todos listos, así que es hora de irnos.

Un círculo mágico se formó en el suelo, brillando con energía roja y dorada. Vergil echó un último vistazo a sus esposas antes de cruzar el portal, sintiendo la habitual mezcla de ansiedad y emoción crecer en su interior.

"¿Nos vamos, mis queridas esposas?" dijo Virgilio sonriendo.

Katharina se cruzó de brazos, levantando una ceja con una sonrisa burlona. "¿Mis queridas esposas? ¿Desde cuándo se vuelven tan poéticos, Vergil?"

Roxanne rió suavemente mientras se arreglaba un mechón de pelo. "No es poético, Katharina. Solo intenta ser encantador. No te preocupes, sigue siendo el mismo torpe de siempre".



"Torpe o no, sigue siendo nuestro torpe", comentó Ada, ajustándose los guantes mientras observaba el portal reluciente. "Y como sus esposas, más le vale mantener ese encanto bajo control. No queremos que más nobles se enamoren de él hoy".

Vergil puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar una leve sonrisa. "Parece que hoy estoy rodeado de críticos. ¿No podrías darme un momento de gloria antes de que atravesemos este portal?"

Katharina negó con la cabeza, riendo. "¿Gloria? Quizás cuando regreses sano y salvo de esta reunión".

Dicho esto, Vergil les extendió la mano a las tres, un gesto galante y juguetón a la vez. «Muy bien, damas. Que empiece el espectáculo».



Ada fue la primera en cruzar el portal, con expresión serena pero la mirada siempre alerta. Roxanne la siguió de cerca, con una sonrisa juguetona en los labios. Katharina fue la última en entrar, no sin dirigir antes a Vergil una última mirada evaluadora.

"No nos avergüences", bromeó antes de desaparecer en el resplandor rojo y dorado.

El gran salón de la reunión demoníaca era un espectáculo en sí mismo. Candelabros de cristal adornados con gemas demoníacas iluminaban el espacio con un resplandor carmesí. Las paredes estaban decoradas con tapices antiguos que representaban batallas épicas y pactos de poder. El suelo de mármol negro reflejaba la luz como un espejo, y el aire estaba impregnado del aroma metálico de la magia poderosa.

El portal brilló intensamente, anunciando la llegada de los primeros invitados importantes. Al estabilizarse la energía, Ada fue la primera en emerger. Su presencia, como siempre, fue impecable. Con un vestido plateado que se ajustaba a su silueta con elegancia, se movía con la gracia de alguien acostumbrado a ser observado. Los susurros comenzaron a extenderse.



"Es Ada Baal... la hija de Raphaeline..."

"Ella realmente es tan impresionante como dicen".

"Pensar que eligió vivir junto a un humano..."

Los comentarios continuaron, y Roxanne la siguió poco después. Vestida con un traje rojo brillante con detalles dorados que resaltaban su cabello y ojos, destilaba una sensualidad natural que dejaba a los presentes intrigados.

"Esa debe ser Roxanne Sitri."

"Su belleza es algo que sólo el linaje de Stella podría producir".

"No te dejes engañar por su sonrisa; dicen que es tan letal como encantadora".

Katharina fue la última en aparecer, y su entrada trajo un breve silencio al salón. Su vestido azul intenso parecía estar hecho de estrellas, brillando al caminar. Tenía un innegable aire de realeza, y cada paso resonaba con autoridad.

"Ah, el heredero de Agares."

¡Qué presencia! Realmente es la más imponente de las tres.

"¿Y su marido? ¿No está con ellas?"

Las tres mujeres se reunieron más adelante en el salón, rodeadas inmediatamente por nobles demonios que comenzaron a saludarlas con reverencia y curiosidad. Cada una mantuvo una postura diferente: Ada respondió con cortesía, Roxanne sonrió provocativamente y Katharina observó todo con atención calculada. Sin embargo, los murmullos de fondo comenzaron a crecer al notar que el cuarto invitado aún no había llegado.

"¿Y Virgilio? ¿Viene?"

¿Ha decidido no presentarse?





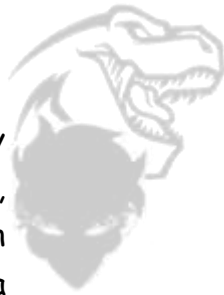
"Es una falta de respeto llegar tarde a algo así".

Los tres intercambiaron miradas y, casi simultáneamente, se giraron hacia el portal. El resplandor permaneció estático, pero algo se sintió extraño. La magia a su alrededor comenzó a temblar levemente, como si algo estuviera a punto de romper los límites de la estructura.

"Siempre le gusta hacer una entrada espectacular", murmuró Katharina, cruzándose de brazos.

De repente, el portal empezó a temblar violentamente. El rojo resplandor y dorado se intensificaron, y el suelo a su alrededor vibró. Los demonios que estaban cerca retrocedieron, sin comprender lo que sucedió. Entonces, con un rugido de energía, Vergil finalmente emergió.

Su figura estaba rodeada de un aura opresiva, una mezcla de energía negra y dorada que parecía latir como un corazón. Sus ojos ardían con intensidad, como si cada mirada pudiera penetrar incluso al más poderoso. Vestía con sencillez, pero había algo en su postura y el aura que emanaba que lo hacía imposible de ignorar.



La sala, que había estado llena de murmullos y conversaciones, quedó en un silencio absoluto. Todos los demonios presentes parecían contener la respiración mientras Vergil avanzaba lentamente, sus pasos resonando en el suelo de mármol. La energía a su alrededor era casi tangible, y la atmósfera se volvió tan densa que algunos de los más débiles tuvieron que apartar la mirada.

—De verdad que no sabe cómo hacer una entrada discreta, ¿verdad? — comentó Ada en voz baja, intentando disimular una sonrisa.



—Así ha sido siempre —respondió Katharina, pero había un brillo de orgullo en sus ojos.

Roxanne se rió discretamente. "Si va a robarse el protagonismo, más le vale hacerlo bien".

Al otro lado del pasillo, Sapphire, que había estado observando atentamente, se permitió una extraña sonrisa mientras pensaba: "Realmente te gusta causar una escena, ¿no?"

Vergil finalmente se detuvo y alzó la vista hacia la asamblea. La tensión en el aire era palpable, pero simplemente ladeó ligeramente la cabeza en un gesto que parecía a la vez despreocupado y autoritario.

"Entonces... ¿esta es la reunión de la que tanto se habla?" dijo, y su voz resonó por todo el pasillo.

